

HACIENDO REALIDAD LA ENERGÍA DEMOCRÁTICA

Dirk Holemans e Kati Van de Velde

HACIENDO REALIDAD LA ENERGÍA DEMOCRÁTICA

Dirk Holemans e Kati Van de Velde

Coordinación: Maiju Turunen

Diseño: Miriam Hempel

Traducción al español: Sergi Alegre Calero

Contacto: info@oikos.be

Diciembre 2019

Esta publicación ha sido posible gracias al apoyo económico del parlamento europeo a la Green European Foundation. El parlamento europeo no es responsable del contenido de la misma.

Green European Foundation 3 Rue du Fossé – 1536

Oficina en Bruselas: Mundo Madou – Avenue des Arts 7/8, 1210 Bruselas, Bélgica

Tel.: +32 (0) 2 329 00 50

Email: info@gef.eu

www.gef.eu

Este ensayo es resultado del proyecto transnacional de la Green European Foundation que pretende explorar la posibilidad de una transición energética en Europa y cómo llevar a cabo este proceso de una forma democrática y participativa. Desde 2014, GEF ha organizado, junto a fundaciones verdes nacionales, eventos y estudios en Europa para elaborar ideas sobre el futuro de la producción y el consumo energético basados en la sostenibilidad y la justicia.

Se pueden pedir ejemplares de esta publicación enviando un correo a info@gef.eu.

Descripción de las organizaciones participantes:

La Green European Foundation (GEF) es una fundación política europea cuya misión es contribuir activamente en el debate europeo y promover una mayor participación ciudadana en la política europea. GEF anima a participar en las cuestiones clave de las políticas europeas dentro y fuera de la familia verde.

La fundación actúa como laboratorio para nuevas ideas y como plataforma de cooperación e intercambio de ideas a nivel europeo, ofreciendo además formación política transnacional.

Índice

Introducción	6
Una breve historia de la energía	7
La energía democrática y sus beneficios	9
Política energética europea	11
El camino a la energía democrática en Bélgica	14
Conclusión	17
Notas	18

Introducción

Para poder hacer una transición hacia una economía sostenible y establecer una auténtica política climática, debemos cambiar nuestro actual sistema energético por uno que esté realmente basado en las renovables. Esta transición es, al mismo tiempo, una gran oportunidad para conseguir el objetivo de una energía democrática. Debemos recordar que cuando el movimiento ecologista protestó contra las plantas nucleares en los setenta, no solo fue por los riesgos ecológicos de la energía nuclear, si no por el rechazo a un sistema energético que estaba diseñado para ser muy centralizado y con una estructura de arriba-abajo. De forma clara, las plantas nucleares deben ser gestionadas como bases militares, mientras que los molinos de viento pueden ser propiedad de una comunidad. Además, las fuentes fósiles no se encuentran en todas partes y, por tanto, requieren también de un sistema centralizado e implican una dependencia energética. El sol y el viento, por contra, están en todos los rincones del planeta, lo que permite el establecimiento de sistemas descentralizados y conectados, basados en la cooperación.

La buena noticia es que el desarrollo tecnológico nos ofrece actualmente muchas más oportunidades para instaurar un sistema descentralizado de energía que pueda ser organizado realmente de una manera democrática. Las cooperativas ciudadanas y las autoridades locales pueden jugar un rol crucial, implementando partenariados público-civiles. Junto a estos desarrollos tecnológicos favorables, un factor clave es que la ciudadanía -más que las empresas y que la mayoría de gobiernos- han sido y aún son los que han tomado el liderazgo de la transición energética. Fue la ciudadanía de una pequeña ciudad en el norte de Dinamarca quien construyó la primera turbina eólica como alternativa a la planta nuclear que se planeaba y, ahora, cuarenta años más tarde, están organizados a nivel nacional y también a nivel europeo en la federación REScoop.

Los estudios señalan que en 2050, aproximadamente un 45% de todos los hogares de la EU podrían estar produciendo su propia energía renovable y más de un tercio podría contar con el suministro de una cooperativa de energía renovable. Esto alumbra una gran oportunidad para el desarrollo económico regional ya que los proyectos de energía renovable en manos locales representan ocho veces más el valor de los proyectos propiedad de compañías privadas que no están localizados en el territorio.

La posibilidad de este brillante futuro es una razón importante por la que la Green European Foundation diera apoyo al proyecto transnacional Energía democrática: cambiando el sistema energético. En este proyecto, fundaciones verdes de Gran Bretaña, Grecia, Macedonia y Bélgica comparten sus experiencias e ideas y plantean propuestas políticas para poder llevar a cabo una transición a un sistema energético democrático basado en las renovables.

En esta publicación, primero explicaremos el concepto de un sistema energético democrático, basándonos en experiencias en países como Alemania y Dinamarca. Aunque es necesario un gran acuerdo, se han establecido vías ambiciosas para un futuro renovable. Una nueva forma de cooperación entre la ciudadanía y los gobiernos locales aparece como el elemento clave. Como se puede leer en otra publicación fruto de este proyecto, la ciudadanía en Gran Bretaña ha estado invirtiendo en proyectos energéticos, mientras que los gobiernos en el mejor de los casos solo han dicho palabras huecas en referencia a los objetivos de sostenibilidad. De alguna manera, la situación en Bélgica es bastante parecida (aunque con formas diferentes) a la británica, con una falta de planes ambiciosos a nivel nacional, pero con ciudadanos y ciudadanas organizándose positivamente.

De forma breve, es evidente que necesitamos mejores y diferentes políticas que puedan establecer sinergias provechosas entre autoridades públicas y la sociedad civil, políticas que nos permitirán conseguir un sistema energético democrático y hacerlo a tiempo.



Una breve historia de la energía

Las fuentes energéticas siempre han sido el motor de cambios sociales y de una parte importante de la estructura tecnológica dominante en cualquier sociedad. En el siglo XIX, la Revolución Industrial comportó importantes cambios con el uso del carbón, la aparición de la máquina de vapor y la construcción de fábricas y líneas de ferrocarril. Como Jeremy Rifkin señala, las tecnologías de la energía y la movilidad, junto a las de las comunicaciones (la imprenta mecánica y el telégrafo) representaron una combinación potente y consistente que condujo a un cambio social profundo. La gente abandonó las áreas rurales para ir a vivir cerca de las fábricas donde trabajaban en pésimas condiciones y salarios muy bajos, lo que implicó un proceso acelerado de urbanización y de cambios sociales.

El siglo XX fue testigo de una nueva revolución industrial gracias al uso masivo del petróleo y el gas (y posteriormente del uranio), la aparición del motor de combustión, la introducción de coches y camiones y de una nueva tecnología de la comunicación: el teléfono que fue rápidamente seguido por la radio y la televisión. Todo ello permitió disponer de productos y de medios de transporte y dio lugar al nacimiento de la sociedad de consumo.

La combinación de sistemas de energía, transporte, producción y comunicación formaron las bases de las dos primeras revoluciones industriales. Si miramos la situación actual de dichos sistemas podemos afirmar que está emergiendo una tercera revolución industrial basada en la energía renovable, la comunicación por internet -que permite más sistemas de producción local, gracias al ICT- y el transporte automatizado.

Esta perspectiva de un cambio del paradigma comunicación-energía-movilidad es importante y prometedor, ya que esta tercera fase permite una mayor descentralización y, por tanto, una mayor democratización. Pero que esto ocurra no es seguro ya que las propias corporaciones energéticas intentan poseer y controlar dichas estructuras descentralizadas. Por ello, una aproximación puramente técnica no explica el nivel de democracia presente o futuro de dichos sistemas. Por el contrario, tenemos que considerar también el sistema de gobernanza, el posible rol de la ciudadanía y la narrativa asociada, lo que significa que debemos adoptar la perspectiva de sistemas “sociotecnológicos”.

Veamos, por ejemplo, algunos acontecimientos posteriores a la II Guerra Mundial. Para poder exportarla y venderla, los Estados Unidos estuvieron buscando aplicaciones civiles para la tecnología nuclear que se había desarrollado originariamente únicamente con fines militares. Por eso, en 1953, el presidente Eisenhower presentó el programa “Átomos por la paz” con el pretexto de que la energía nuclear era ilimitada. Pero al mismo tiempo algunos ciudadanos

y científicos empezaron a preocuparse. Grandes manifestaciones anti-nucleares en los años 70 señalaron el nacimiento de iniciativas ciudadanas en favor de las energías renovables. En algunos países, como Dinamarca e Irlanda, las protestas fueron capaces de frenar la construcción de plantas nucleares. En otros países, consiguieron una reducción de las planeadas. Por ejemplo, en un pequeño país como es Bélgica, el gobierno tenía previsto construir alrededor de 20 plantas nucleares.

Un elemento importante que se tiende a olvidar es que cuando el movimiento ecologista protestaba contra las plantas nucleares en los setenta, no solo lo hacía por los riesgos de la energía nuclear, también se rechazaba un sistema energético que tenía un diseño altamente centralizado de arriba-abajo. Para simplificar, las plantas nucleares tienen que ser gestionadas como bases militares, mientras que las turbinas eólicas pueden ser propiedad de una comunidad. Esta crítica se enmarcaba dentro de una objeción generalizada al autoritarismo, la burocracia y las grandes corporaciones.

Después de la Segunda Guerra Mundial, la política energética se convirtió en una cuestión de importancia nacional, conectada directamente con la reconstrucción económica de cada país. La mayoría de los gobiernos tenían una sólida política energética, y en muchos casos, la producción energética estaba en manos de empresas públicas nacionales o municipales.

Este panorama cambió en la segunda mitad de los años noventa cuando se introdujeron políticas neoliberales. Ello condujo a que Europa abandonará las vías para planear e implementar democráticamente cómo queremos generar nuestra energía. Mediante directivas, la Unión Europea introdujo las líneas maestras para llevar a cabo la liberalización de los mercados energéticos. El cambio supuestamente iba a comportar una reducción de la factura eléctrica para la ciudadanía y una mayor inversión en tecnologías de futuro. La amarga realidad, sin embargo, es que la producción energética cayó en manos privadas y que las tarifas no han disminuido. Desde entonces, estas empresas privadas deciden cómo se genera nuestra electricidad y qué inversiones se llevan a cabo, buscando únicamente el aumento de sus beneficios. Las compañías hicieron lo que saben hacer mejor: competir entre ellas para aumentar sus ganancias, generando electricidad con los sistemas basados en el uso de combustibles fósiles y energía nuclear e ignorando el interés general. Al contrario de la reiterada promesa neoliberal, las grandes corporaciones energéticas no invirtieron en la transición hacia un modelo más sostenible ya que su mirada a corto plazo lo hace inviable. Como reacción, la ciudadanía y los gobiernos en ciertos países empezaron a hacerlo en su lugar (1).



La transición energética: Dinamarca y Alemania, los líderes

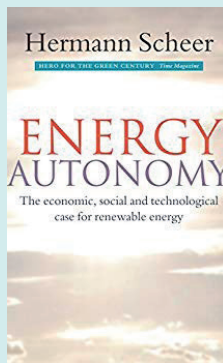
Es bien conocida la gran ambición de Dinamarca en el campo de la sostenibilidad. En el 2050, el país no quiere utilizar combustibles fósiles. El éxito danés no ha surgido de la nada. Hay que retroceder a los setenta, cuando la primera crisis del petróleo puso al país en la senda de la energía eólica. Además, junto a las protestas contra la energía nuclear aparecieron iniciativas estimulando el desarrollo de las energías renovables. Los diferentes gobiernos hicieron todo lo necesario para que se pudieran construir parques eólicos. A las familias se les ofrecieron reducciones fiscales para que produjeran su propia energía. Esto se plasmó en la participación de muchas personas en cooperativas de producción energética a gran escala. Es por ello que fue en Dinamarca donde dicho modelo alcanzó antes su madurez y sirvió de ejemplo para otros países. La industria eólica danesa se convirtió en la más grande del mundo, con más de un tercio del mercado, produciendo más del 40% de la energía eléctrica y empleando a más de 20.000 personas. Combinando la energía eólica con otras renovables, el país pretende depender de las fuentes renovables en al menos un 50% en el 2030. Una cuestión interesante es que, al tiempo que la energía eólica aumenta, el número de turbinas se reduce ya que cada vez son más grandes y eficientes.

Alemania inició su marcha hacia las renovables con su famoso Energiewende (Camino de la energía). Esta revolución energética no solo fue un proceso de abajo arriba, sino que fue el resultado de decisiones políticas muy meditadas en parte por el gobierno rojo-verde de 1998 a 2005. La introducción de una tasa a las fuentes fósiles en 1999 estimuló el desarrollo de la economía verde y aceleró el crecimiento de fuentes alternativas, con el resultado de un aumento de puestos de trabajo del sector. Además se aprobó la Ley de energía, que introdujo contratos a largo plazo con ayudas fijas en las tarifas para los proyectos de energía renovable que alimentaran la red, lo que provocó un boom en la producción, convirtiéndose en el modelo a seguir en todo el mundo. Mientras las grandes corporaciones mantenían sus modelos tradicionales, innumerables iniciativas ciudadanas, en pueblos y ciudades, instalaron los medios para la producción energética sostenible. Así, hoy en día un tercio de la producción energética es renovable, un tercio de los medios son propiedad de la ciudadanía y sus cooperativas y más de 400.000 personas trabajan en el sector. Todo ello muestra que el éxito del Energiewende no recae solo en las políticas gubernamentales o en un milagro acaecido por la acción ciudadana. De hecho, es el resultado de una cooperación público-civil en la que las administraciones, en su nuevo rol de “socias”, desarrollan una legislación y unas acciones que favorecen las iniciativas ciudadanas. Tal y como la definen Michel Bauwens y Dirk Holemans, creadores

del concepto, la “administración socia” se asocia con la sociedad civil o los colectivos ciudadanos para conseguir el bien general de la economía y de la población (2). Al mismo tiempo, también se trata de una cuestión de relaciones de poder y de luchas sociales. Como el modelo tradicional se vio amenazado debido al Energiewende, las corporaciones energéticas se organizaron rápidamente a nivel europeo para presionar a la Comisión Europea y en 2013 fueron capaces de cambiar el modelo de ayudas a las tarifas y establecer lotes de licitaciones públicas, lo que encaja más con su modelo operativo que con el de las cooperativas ciudadanas (3). Pero, por supuesto, la lucha por el poder aún no ha acabado.

Actualmente hay más de 2.400 cooperativas de energía en toda Europa, que agrupan a más de un millón de personas comprometidas (4). Este movimiento no se centra únicamente en la sustitución de las energías fósiles y la nuclear por las renovables, también trata de la cuestión del poder y la propiedad, de la cuestión de la ciudadanía alzando su voz y no siendo apartada de la toma de decisiones. No solo es el fruto de ciudadanos y ciudadanas audaces, si no de políticos responsables, que de forma conjunta llevan a cabo políticas participativas y regulan el mercado de la energía de tal manera que las grandes corporaciones no lo puedan dominar nunca más.





Lo que ha pasado desde la posguerra hasta la actualidad puede ser resumido de forma simbólica mediante dos libros influyentes.

En 1977, el austriaco Robert Jungk publicó *Der Atom-Staat. Vom Fortschritt in die Un-menschlichkeit*, que fue número uno de las listas de libros más vendidos de no-ficción. Según Jungk, la construcción de centrales nucleares es tan peligrosa que los gobiernos y la industria se ven obligados a tomar medidas de seguridad tiránicas y excesivas, lo que a menudo afecta a las libertades y derechos de los individuos pero que, incluso así, no neutralizan todos los riesgos inherentes a dicha energía. El libro fue traducido al inglés en 1979 con el elocuente título de *The new tyranny: how nuclear power enslaves us (La nueva tiranía: cómo el poder nuclear nos esclaviza)*. Jungk estaba a favor del desarrollo de tecnologías alternativas que no nos opriman, como por ejemplo la eólica y el uso del metano proveniente de los residuos, aunque apuntaba que todas las tecnologías ambientalmente positivas estaban en su primera infancia.

Es sorprendente cuanto tiempo hemos perdido -décadas- en implementar dichas tecnologías alternativas a gran escala. Casi tres décadas después, en 2006, el político alemán Hermann Scheer escribió otro libro muy influyente al captar muy bien el espíritu de la época. *Energy autonomy: the economic, social and technological case for renewable energy* se situó en la primera posición de la lista de libros nuevos más importantes del diario *Die Zeit*. Este libro, mucho más positivo, quería dar una solución a nuestra adicción a los combustibles fósiles. Para Scheer, la solución consistía en una transición a fuentes de energía renovable y a la generación de energía de forma descentralizada y distribuida geográficamente. Tras casi tres décadas después del libro de Jungk, Scheer puede demostrar de forma comprensible que existe un modelo que funciona a nivel tecnológico, comercial y político.

La energía democrática y sus beneficios

Durante demasiado tiempo, el debate energético -problemas y soluciones- ha estado dominado por las cuestiones tecnológicas (coches eléctricos) y económicas (viabilidad). Además, las cuestiones medioambientales son, algunas veces, supuestamente solucionadas por la tecnología y el mercado. Pero las cuestiones políticas y sociales claves del sistema socio-tecnológico han sido apartadas.

Si queremos reiniciar la discusión desde el punto de vista de la democracia y la justicia, aparecen nuevas cuestiones. ¿Cómo queremos regular el sistema? ¿Quién debería asir el timón y tener el apoyo para construir nuevos sistemas de energía? ¿Quiénes son los ganadores y los perdedores de la transición energética? ¿Qué medidas sirven al interés público y cuáles no?

Si perseguimos una *transición justa* es crucial que unamos objetivos ecológicos y sociales de una forma integrada.

Esto se aprecia muy claramente en la cuestión de la pobreza energética, una realidad dramática para millones de personas. Junto a la caída del mercado inmobiliario y las medidas de austeridad que afectó al bienestar de mucha gente, la liberalización de la energía comportó el aumento de las tarifas en el mismo momento que muchas personas sufrían una importante reducción de sus ingresos, lo que condujo a que se vieran obligados a vivir en viviendas muy mal aisladas. Debido a esta confluencia de factores, cada vez más personas no pueden acceder a los niveles básicos de energía para tener una vida digna (5). Pero la respuesta no es -como afirman algunas voces de la vieja izquierda- bajar los precios de la energía. Todo lo contrario, necesitamos energía cara y asequible. Esto no es una paradoja si hacemos las inversiones necesarias: si aislamos las casas (dando prioridad a las viviendas sociales) y si ofrecemos un transporte público de calidad y asequible como alternativa. La mayoría de la gente puede vivir bien con un menor consumo energético.

La participación activa de la ciudadanía

La transición hacia un sistema energético socio-ecológico y, por tanto, democrático no puede plantearse sin tener en cuenta la participación activa de la ciudadanía. Además de la necesidad de un proceso participativo a nivel político, el reconocimiento del papel crucial de las cooperativas energéticas es vital. Ya no hablamos solo de iniciativas locales en algunos países. En 2013, las cooperativas energéticas se unieron formando REScoop.eu: una federación de entidades ciudadanas y cooperativas dedicadas a la energía renovable. El punto de partida de esta federación es su visión de que las fuentes naturales de energía, como el viento y el sol, son bienes comunes: no son privados y por tanto deben ser accesibles para todo el mundo. Por tanto, su explotación no debería ser privada, si no en beneficio de la comunidad.

La importancia de estas cooperativas radica no solo en el hecho de que son personas corrientes las propietarias. Al unir la producción con el consumo, los cooperantes participan en la toma de decisiones sobre las inversiones y el reparto de beneficios. Al estar más involucrados, muchas veces favorecen el valor añadido y no solo el valor monetario. Ese es el motivo por el que muchas veces estas cooperativas deciden invertir importantes proporciones de sus beneficios en proyectos sociales y ecológicos a nivel local. También lo hacen en nuevos proyectos de agricultura sostenible, con el objetivo de hacer más corta la cadena entre el productor y el consumidor: en su caso, entre la producción energética de su cooperativa y los enchufes de sus casas. Gracias a una cadena tan corta, aumenta la participación de la ciudadanía. Especialmente en lo referente a objetivos sociales, como por ejemplo las infraestructuras de energía sostenible, en el marco de una política energética decidida. Por ejemplo, una cooperativa de energía renovable también ayudará a sus socios a consumir menos energía, lo que difícilmente lo hará una privada.

Sobre esta cuestión, se están desarrollando a nivel de ciudades y organizaciones internacionales diversas iniciativas muy positivas como por ejemplo Energy Cities y Transnational Institute (TNI).

Si el nuevo sistema energético está cada vez más basado en cooperativas de energía, significa, al mismo tiempo, que la economía es más regional: los gobiernos locales tienen mayores ingresos porque hay más trabajadores, más recaudación fiscal, más préstamos y dividendos de las cooperativas y pueden reinvertir estos ingresos en vez de dejar que las compañías se los lleven a otra parte (6). La justicia ecológica y la innovación social están íntimamente ligadas. Este énfasis en las iniciativas ciudadanas no debería, sin embargo, ser visto como una llamada a la disminución de los servi-

cios públicos. Por el contrario, es una apelación a una nueva forma de Administración: una administración social que apoya de forma activa las iniciativas ciudadanas que ayudan a construir un futuro sostenible. Es desde esta perspectiva que consideramos muy positivo el aumento del número de autoridades locales que están asumiendo este rol: ya no actúan como simples autoridades planificadoras si no que son socias y fuerzas activas en la transición energética a nivel local. La vuelta al control municipal, sin embargo, no garantiza un cambio sustancial con el modelo de privatización (o de las políticas de arriba abajo de la posguerra). La clave está en la colaboración con la ciudadanía.

El modelo del futuro en una tubería

La ciudadanía, tomando la iniciativa de forma autónoma, constituye el primer elemento de un modelo de futuro que nos conducirá a un sistema de energía sostenible. Pero sus acciones no son suficientes: es importante que las dinámicas de refuerzo y aceleración se alimenten con la interacción de estas iniciativas ciudadanas con otros tres elementos.

El primero es la **Administración socio** que ofrece un marco que apoya y estimula estas iniciativas a diferentes niveles: desde el local hasta el (supra)nacional. Las tarifas alemanas con ayudas son un buen ejemplo. Al mismo tiempo, son necesarias grandes inversiones para conectar los parques eólicos con las zonas de gran consumo. Esto facilita transportar los excedentes de energía a los lugares con déficit.

El segundo elemento es el **partenariado público-cívico**: las ciudades y pueblos tienen la capacidad de mejorar la puesta en marcha de nuevas cooperativas y facilitar la instalación de nuevas turbinas eólicas. Su cooperación también hace que sea más fácil convencer a la banca ética para que se involucre en estos proyectos. El último elemento es el **sistema fiscal**: el sistema solo funciona con precios altos, derivados de una fiscalidad alta. Este es un aspecto crítico: esta fiscalidad energética es parte del nuevo contrato social del siglo XXI. En el siglo anterior, se introdujo un sistema fiscal para crear y mantener el estado del bienestar. En nuestro siglo, ya ha llegado el momento de crear una “fiscalidad energética” para crear una sociedad más sostenible. Al mismo tiempo, medidas para una mayor eficiencia energética harán disminuir la demanda de electricidad. Junto con políticas sociales, estas medidas aseguran que la energía sea asequible para todo el mundo, aunque sea cara. Esto último es necesario porque una energía barata lleva aparejado un consumo estúpido.



Con estos elementos, podemos crear un nuevo régimen democrático de energía renovable basado en cuatro principios:

1. 100 % energía renovable con el sol, el viento y el agua como bienes comunes
2. Justicia ecológica: todo el mundo tiene acceso a la energía aunque el precio sea alto
3. Democrática: gestión público-civil de la producción y distribución de la energía
4. Energía dentro de los límites: decrecimiento de la demanda energética

En otras palabras, estamos hablando de un sector energético que gestiona energía renovable, que co-gestiona desde el punto de vista de la justicia ecológica y que está orientado al interés general (7). Estos principios se alinean con los cinco pilares planteados por Energy

Cities, la red europea de ciudades en transición energética: municipalización (control municipal de la gestión energética), devolución (transferencia del control por parte de los gobiernos nacionales), proyectos comunitarios (proyectos ciudadanos de energía renovable) y gobernanza participativa (democracia directa e inclusión de la ciudadanía) (8).

De todas maneras, parece difícil que la transición hacia la energía democrática pueda tener lugar solo a nivel municipal. Es necesario la coordinación y cooperación a gran escala. Más allá de los estados, ahora están apareciendo nuevas redes como Energy cities y TNI que pueden facilitar este avance.

Los países en la UE están avanzando a diferentes velocidades en este tema pero con el recientemente aprobado “Paquete de medidas para una energía limpia”, la Comisión Europea está intentando poner a todo el mundo al mismo nivel.

La política energética europea

En noviembre de 2016, bajo el título de **Paquete de medidas para una energía limpia para toda la ciudadanía europea**, la Comisión Europea presentó una propuesta de medidas avanzadas para conseguir que el sector energético sea más seguro, más orientado a las leyes del mercado y más sostenible, contando como elemento central la participación de la ciudadanía. La transición a una energía limpia está cambiando el mercado a nivel global y, de acuerdo con la Comisión, si Europa quiere liderar esta transición debe comprometerse no solo a una reducción del 40% de las emisiones de CO₂ en 2030 (un objetivo que fue incrementado hasta el 45% en octubre de 2018), sino también a la modernización de la economía de la EU y a generar crecimientos y puestos de trabajo para toda la ciudadanía.

De acuerdo con los planes de la Comisión, los consumidores tendrán más posibilidades de elección, al tiempo que más posibilidades de producir y vender su propia electricidad. Una mayor transparencia y una mejor regulación crearán más oportunidades para que la sociedad civil se pueda involucrar más en el sistema energético y pueda responder frente a las diferencias de precio. El paquete de medidas incluye también un número de normas encaminadas a proteger a los consumidores más vulnerables (9).

Todas las medidas están agrupadas en ocho textos legislativos: la Directiva de rendimiento energético de edificios, la Directiva de energías renovables, la Directiva de eficiencia energética, la Regulación sobre gobernanza, la Directiva eléctrica, la Regulación sobre la preparación del riesgo y las Reglas para el regulador ACER (Agencia de cooperación de los reguladores energéticos europeos). El 18 de diciembre de 2018, el parlamento europeo y el Consejo alcanzaron un acuerdo político sobre la Directiva y la Regulación de la electricidad. Con estos acuerdos, todas las piezas del paquete legislativo para una energía limpia para toda la ciudadanía europea están sobre la mesa y deben ser aprobadas tanto por el parlamento europeo como el Consejo siguiendo sus respectivos procedimientos. Una vez la legislación entre en vigor, los estados miembros empezarán con la tarea de adaptar las nuevas reglas a sus respectivas legislaciones nacionales (10).

El paquete de medidas establece nuevos objetivos, que deberán llevarnos a una reducción del 45% de las emisiones para el conjunto de la EU en comparación de las de 1990, y plantea llegar a la neutralidad en 2050.



Implementando el Acuerdo de París

La UE juega un papel clave en la aplicación del Acuerdo de París. Y en el futuro se necesitarán aún más sus esfuerzos ya que el informe de octubre de 2018 de las Naciones Unidas sobre el cambio climático muestra claramente que las medidas aprobadas son insuficientes (11).

La Conferencia sobre el clima de las Naciones Unidas (COP24) celebrada en Katowice (Polonia) concluyó en diciembre con una guía sobre cómo llevar a la práctica el Acuerdo de París en todo el mundo. Que se elaborará y aprobará esta guía fue la máxima prioridad de la UE durante las negociaciones. La Guía de París permitirá a los firmantes del Acuerdo implementar, monitorizar y progresivamente mejorar sus contribuciones en la lucha contra el cambio climático para alcanzar los acuerdos a largo plazo. Según el Acuerdo de París, el objetivo de la UE es reducir la emisión de gases de efecto invernadero por lo menos un 45% en relación a los niveles de 1990 en 2030 dentro de su política general sobre energía y clima. Esta transición va a ser más dificultosa en unas regiones que otras, especialmente en aquellas cuya economía está basada en la extracción del carbón. La transición energética debe ser una transición para toda la ciudadanía europea y se debe gestionar muy bien su impacto socio-económico. (12)

Pero los planes de la UE van más allá del 2030. En noviembre del 2018, la Comisión presentó una prometedora visión estratégica a largo plazo para una economía europea próspera, moderna, competitiva y sin CO2 en 2050. Este es el inicio de un debate en el conjunto de la UE que permitirá adoptar una estrategia a largo plazo e incluirla en la UNFCCC (Convención Marco de las Naciones Unidas Contra el Cambio Climático) en el 2020. La visión de la Comisión para un futuro sin CO2 ocupa casi todas sus políticas y está alineado con los objetivos de los Acuerdos de París de mantener el aumento de la temperatura global por debajo de los 2 grados y hacer esfuerzos por que no supere 1,5 grados (13).

De forma breve, el Paquete de medidas para una energía limpia para todo el mundo requiere de una acción conjunta en siete áreas estratégicas (14):

1. Maximización de los beneficios de la eficiencia energética incluyendo edificios con cero emisiones. Mayores tasas de renovación, instrumentos de financiación adecuados para solucionar algunos fallos del mercado, suficiente mano de obra con los conocimientos adecuados y que la ciudadanía pueda acceder a los cambios. La involucración de los consumidores es clave.

2. Maximizar el despliegamiento de las energías renovables y del uso de la electricidad para descarbonizar totalmente el suministro europeo de energía. Aumentar la seguridad del suministro y fomentar los puestos de trabajos propios. Se prevee un 15% de suministro proveniente de plantas nucleares.

3. Conseguir una movilidad limpia, segura y conectada. La UE considera que internalizar los costes del transporte es un pre-requisito para

tomar las decisiones más eficientes en términos de tecnología y modos de transporte.

4. Una industria competitiva y una economía circular son clave para conseguir una reducción importante de la emisión de gases de efecto invernadero.

5. La recuperación y el reciclaje de minerales raros. La digitalización y la automatización.

6. El desarrollo de redes inteligentes e interconectadas para asegurar óptimos acoplamientos y permitir la cooperación regional.

7. Recoger todos los beneficios de la bio-economía y crear sumideros de carbono.

8. Desplegar la digitalización y las tecnologías inteligentes para una agricultura y ganadería de precisión para poder optimizar el uso de fertilizantes y otros productos agrícolas.

9. Capturar y almacenar el CO2 restante.

De acuerdo con la Comisión, harán falta muchas inversiones. Sin embargo, ciertas opciones, tales como una rápida transición a una economía circular y cambios en las mentalidades, tienen el potencial de reducir la necesidad de inversiones extraordinarias. Al mismo tiempo, se podrán reducir costes del sistema sanitario de forma significativa.

También, de acuerdo con la Comisión, el sector financiero tiene un papel crucial en la transición a una economía neutral en carbono, ya que puede re-dirigir los movimientos de capital y las inversiones. La fiscalidad ambiental, los sistemas impositivos sobre el carbono y la revisión de los



subsídios deberían jugar también un papel importante en el avance hacia la transición: los contaminadores pagan. La UE está preparada para crear un estándar sin precedentes al formalizar el papel de la ciudadanía y las comunidades en la transición energética europea. Y tiene toda la razón. De acuerdo con el Eurobarómetro de Noviembre de 2018, el 93% de los europeos considera que el cambio climático está causado por la actividad humana y un 85% está de acuerdo en que la lucha contra el cambio climático y el uso más eficiente de la energía pueden alimentar el crecimiento económico y la creación de puestos de trabajo. La ciudadanía europea, por tanto, le está enviando un claro mensaje a la Comisión para que proponga medidas ambiciosas.

La Comisión continua su propuesta afirmando que, sin tener en cuenta la descarbonización, la economía de la UE crecerá más del doble en 2050 en comparación con 1990. Hay una gran demanda de puestos de trabajo “verdes” en sectores como la construcción, agricultura, gestión forestal y energías renovables.

La clave de una transición justa vendrá de la mano del pilar europeo de los derechos sociales, con sus sistemas de protección social, educación inclusiva y formación continua. Los consumidores vulnerables se beneficiarán de tarifas energéticas reguladas, pero estas tarifas pueden distorsionar el mercado y reducir la efectividad de las políticas de eficiencia energética o limitar el desarrollo de tecnologías como los contadores inteligentes. Por tanto, los aspectos sociales generalmente estarán mejor tratados a través de políticas sociales y de bienestar, cuyo financiamiento podría beneficiarse de cambios tarifarios y de ingresos del reciclaje.

El paquete de medidas de la energía limpia desde un punto de vista crítico

Incluso aunque las directivas y regulaciones recientemente adoptadas son un gran paso en la dirección correcta, el cuerpo legislativo aún está anclado en el marco del actual sistema industrial.

1. La ambición europea

En primer lugar, es importante recordar que el informe de las Naciones Unidas sobre el cambio climático de octubre de 2019 muestra que los objetivos del Acuerdo sobre el Clima de París son del todo insuficientes para mantener el incremento global de las temperaturas por debajo de 2 grados, por no hablar de 1,5. No es que necesitemos objetivos más ambiciosos, es que no podemos esperar al 2030 para implementar acciones más ambiciosas.

2. Comunidades energéticas

De acuerdo con REScoop, en 2050, casi la mitad de las viviendas de la UE podrán estar produciendo energía re-

novable y, de ellas, aproximadamente el 37% lo harán a través de su participación en una comunidad energética. En sus nuevas directivas energéticas, la Comisión Europea apoya esta visión preveyendo una mayor y activa participación de la ciudadanía. Sin embargo, son necesarias definiciones más claras y normas más rigurosas sobre el gobierno de comunidades ciudadanas energéticas para prevenir la interferencia de grandes corporaciones que pueden derivar en un control indirecto.

3. Y qué pasa con la agricultura

En vez de perseguir una política agraria sostenible en su conjunto, el paquete de medidas solo se centra en la agricultura y la ganadería de precisión con el objetivo de optimizar el uso de fertilizantes y pesticidas. Nuestro actual sistema agrario depende del uso intensivo de combustibles fósiles, pesticidas y fertilizantes artificiales. Para poder alcanzar una agricultura realmente sostenible, debemos ir más allá de la agricultura de precisión y trabajar por la llamada “agroecología”. Este término se refiere a la teoría y la práctica de una serie de técnicas que reducen la necesidad de elementos externos (por ejemplo, fertilizantes y pesticidas) y muchas de las múltiples externalidades no deseadas (como la polución y el cambio climático). Por contra, la agroecología intenta re-estimular la interacción entre los árboles, las plantas y los animales mediante la gestión de los suelos, los ecosistemas y la biodiversidad, plantando árboles (para el almacenamiento de carbono, la gestión de las sombras...), etc. (15)

4. Nuclear o sostenible

La nueva Directiva sobre la electricidad apunta a una cuota del 15% de energía nuclear después del 2050. Es decir la mitad de la producida actualmente en la UE (16). Esta propuesta plantea cuestiones sobre inversiones financieras, gestión energética, riesgos nucleares y justicia social en relación a las futuras generaciones. En primer lugar, y dejando de lado la cuestión de la seguridad, algunas plantas nucleares han sobrepasado su período operativo y necesitarán de grandes inversiones para seguir siendo operativas. Tendrán y querrán pagar los contribuyentes buena parte de esas inversiones y si lo hacen, qué obtendrán a cambio. En segundo lugar, a diferencia de los sistemas de energía renovable, construir una planta nuclear es extramadamente costoso. Por pura coincidencia, o no, la empresa Hitachi ha anunciado este enero que suspenderá su programa de nuevas centrales nucleares en el Reino Unido. La decisión fue tomada por Hitachi teniendo en cuenta la racionalidad económica como empresa privada (17). Tercero, la gestión de las centrales nucleares es muy centralizada y anti-democrática. Cómo puede la UE defender, de un lado, la energía nuclear y, del otro, el empoderamiento y participación de la ciudadanía. Por último, pero no menos importante, los interrogantes sobre la basura nuclear quedan sin respuesta. Cómo podemos justificar moralmente endosarles problemas a las generaciones futuras para los que no tenemos soluciones. Y quién asumirá la responsabilidad cuando esté en peligro la seguridad general.



De acuerdo con un estudio del Energy Watch Group, si Europa tuviera un 100% de energía renovable, sería más eficiente desde el punto de vista económico que el sistema energético actual y permitiría llegar a cero emisiones en 2050 (18). Y las cooperativas energéticas ciudadanas tienen un papel a jugar importante.

Por todo ello, ha llegado la hora de que las comunidades de energía empoderen a la ciudadanía a participar colectivamente en la transición energética mediante una estructura cuyas principales características, la propiedad y la gobernanza, sean totalmente diferentes de los principales actores del mercado actual (19). No necesitamos la energía nuclear.

5. Decarbonización de la economía

La Comisión asume que la economía de la UE será en 2050 más del doble que en 1990, incluso si está totalmente descarbonizada. Pero el crecimiento económico está tradicionalmente asociado al mayor uso de energía y recursos. Por tanto, cómo hacemos para aunar dicho crecimiento con la reducción de emisiones. En efecto,

necesitaremos muchos más puestos de trabajo “verdes” en la construcción, la agricultura, la ganadería, la gestión forestal y las energías renovables, pero de hecho lo que necesitamos es repensar la economía misma.

Los límites del CO2 y del uso de los recursos hacen que sea imposible un crecimiento de la economía insostenible, lo que implica que se debe desconectar el crecimiento económico (GDP) del crecimiento con impactos medioambientales (20). Una condición necesaria de esta desconexión es la descenso de la demanda: de energía, de transporte, de bienes (promoviendo las llamadas “políticas de suficiencia”). Para ir más allá de la lógica del crecimiento, necesitamos compartir el bienestar, el trabajo, redirigir los beneficios financieros hacia inversiones en la economía real, reducir la escala de nuestro sistema de producción y consumo y experimentar con alternativas locales. La economía necesita reconectarse con la sociedad con el telón de fondo de la sostenibilidad y la justicia (21).

El camino a la energía democrática en Bélgica

Una breve historia

El paisaje energético belga tiene una historia interesante. Después de suministrar uranio para las primeras bombas nucleares proveniente del -en aquella época- Congo Belga, Bélgica tuvo pronto acceso a la tecnología nuclear gracias a los Estados Unidos, por lo que la aplicación de la energía nuclear fue el paso lógico del gobierno belga del momento.

En 1966, una década después del discurso del presidente Eisenhower “Átomos por la Paz”, el gobierno belga decidió unilateralmente ordenar la construcción de siete centrales nucleares. Se consideró que su uso representaba una excelente oportunidad para lograr la independencia económica en el campo energético. De hecho, la ambición nuclear fue importante y totalmente centralizada. No hubo ningún intento por plantear un proceso democrático. El parlamento nunca aprobó su construcción, no hubo ningún debate y las protestas organizadas de la ciudadanía no estaban en la agenda política (aún). Fue a principios de los setenta, cuando se tenían que escoger las localizaciones exactas de las plantas nucleares, cuando aparecieron las primeras protestas importantes. Hasta ese momento, el gobierno no se había tomado el interés público de forma seria. El estándar norteamericano de fijar una zona de evacuación de 16 kilómetros alrededor de cualquier planta nuclear se redujo en Bélgica a tan

solo 10. Ello explica por qué había cuatro centrales en el municipio de Doel, a tan sólo 11 kilómetros del corazón de Amberes (22).

Peor todavía, el problema de los residuos nucleares no recibió apenas atención. La legislación fue mínima sobre ese tema y ni una palabra sobre lo que se pudiera considerar una regulación básica del gobierno. Los intereses privados tenían el control. En otro orden de cosas, unas 36 empresas del sector energético se fueron agrupando hasta quedar en solo tres en 1976.

El sistema de suministro energético de la posguerra se basaba en el petróleo y el gas barato de Oriente Medio. La ilusión de una energía casi gratis se desvaneció en el aire en 1973 cuando los países productores árabes incrementaron el precio del petróleo un 70% y redujeron el suministro. Una nueva crisis del petróleo tuvo lugar en 1979. El precio del barril del crudo subió de repente por encima de los 100 dólares y la factura de la energía de las viviendas y empresas belgas se incrementó notablemente. Frente a ello, el gobierno adoptó medidas para aumentar la eficiencia energética, pero no intervino en el mercado. Como consecuencia, el consumo decreciente de energía, debido al aumento de la eficiencia energética, hizo que los precios se desplomaran, lo que comportó un “consumo idiota” que anuló en la práctica todas las medidas de ahorro. Las ganancias se gastaron en más consumo y no



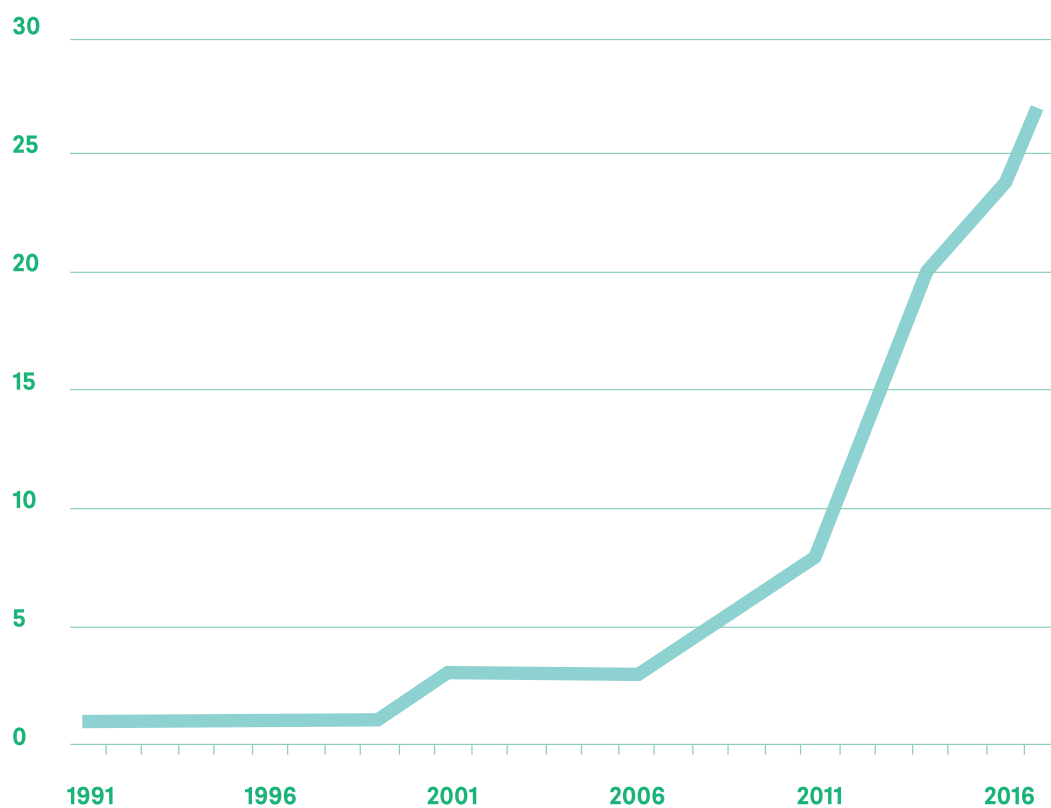


Figura 1: Cooperativas de energía en Bélgica

en producir energía renovable. A mediados de los 80, tras una liberalización del mercado, las tres últimas empresas de electricidad crearon Electrabel, que en los 90 se convirtió en casi un monopolio, ya que controlaba el 94% de la producción en Bélgica (23).

Durante ese tiempo, un grupo de ciudadanos comprometidos se cansaron de sentirse víctimas de una política energética errónea y de los gigantes energéticos que solo pensaban en sus beneficios. En 1991, crearon la primera cooperativa energética del país, Ecopower: por una energía más verde y más democrática. Estos pioneros tuvieron que romper muchas barreras: por ejemplo, el derecho a suministrar electricidad verde a la red.

El estatus de la energía democrática en Bélgica hoy

Los estudios de Oikos (24) han mostrado como desde los inicios de este siglo y en varios campos, la ciudadanía se ha ido organizando cada vez más en los llamados comunes. Esta nueva ola fue una reacción frente al fracaso del mercado y el Estado en proporcionar una sociedad sostenible y se hizo fuerte con la crisis financiera del 2007. Además de la agricultura urbana, los proyectos para compartir vivienda y las iniciativas como el coche compartido, también hubo un gran crecimiento del número de cooperativas ciudadanas de producción energética. En 2017, Oikos contabilizó 27 de ellas en Bélgica y su número continúa creciendo.

El poder de estas cooperativas para movilizar gente y dinero es a menudo sorprendente. En 2017, por ejemplo, Beauvent

consiguió 1,5 millones de euros de 650 personas de la zona en apenas 12 horas. Con ese dinero, la cooperativa construirá una red de calor en la ciudad de Ostende, revisará todo el suministro energético de una residencia de la tercera edad e instalará placas solares en los edificios públicos del municipio de Kuume. Esta captación de fondos sin precedentes muestra que la gente quiere invertir en energía renovable y sostenible mediante las cooperativas, incluso si dichas iniciativas son limitadas frente al inmenso desafío que representa la transformación de nuestro sistema energético en uno totalmente sostenible en 2050.

Ecopower, la mayor cooperativa de energía en Bélgica, que además de ser un productor de energía es también un suministrador en Flandes, solo tiene un 1,49% del mercado eléctrico doméstico. Si miramos el conjunto de la electricidad generada por turbinas eólicas en Flandes, Ecopower solo representa un 3% del total. Todas las turbinas eólicas en manos de cooperativas ciudadanas solo tienen un 4% del mercado, lo que es muy poco si lo comparamos con el restante 96% en manos de multinacionales o de fondos de inversión de alto riesgo.

CODITTER, la cooperativa paraguas de REScoop en Valonia (la región de habla francesa de Bélgica), que es responsable del suministro de electricidad, tiene la capacidad de atender a más de 14.000 viviendas. En la actualidad, sin embargo, solo da servicio a 2.400 clientes. Esto muestra el potencial crecimiento a corto plazo que tienen las cooperativas de energía (25).



Si tomamos la teoría de la transición como punto de partida, podemos ver que las cooperativas de energías renovables en Bélgica están en un momento de despegue: los experimentos de los pioneros ya han quedado atrás, las cooperativas están combinando sus fuerzas para un cambio de ritmo y los consorcios tradicionales están bajo la presión de los ayuntamientos que exigen un mínimo de participación ciudadana en nuevos proyectos o de los programas de financiación europea como Horizon 2020 que subvencionó a la cooperativa Courant d'Air de la región de habla francesa de Bélgica.

Sin embargo, a pesar de su limitado impacto, el estudio de Oikos sobre colectividades ciudadanas muestra que estas iniciativas cumplen con algunos roles cruciales como son: innovación y experimentación, conocimiento y diseminación, movilización de recursos humanos y económicos, creación y reforzamiento de legitimidad y apoyo y trabajo en red. En la ciudad de Gante, la cooperativa de energía EnerGent ha trabajado en una gran y variada red desde su creación. EnerGent nació de una red local con socios de todo tipo de ámbitos y organizaciones. Ello ayudó a que la cooperativa pudiera obtener apoyos, diseminar ideas y, de forma notable, incrementar la atención sobre sus proyectos. Este trabajo de red hizo que pudiera contar con un plural y variado consejo asesor que asiste a la cooperativa, modelo que podría interesar a otras cooperativas de energías renovables. La cooperación entre las diferentes cooperativas es vital para dar apoyos en la dirección correcta a otras iniciativas, involucrarse en nuevos proyectos y ofrecer oportunidades. De esta manera,

una gran red de cooperativas de producción energética puede surgir y crecer desde un nicho de oportunidad hasta una alternativa más desarrollada. Pero qué más hace falta para que estas cooperativas superen la fase de despegue y sean más fuertes.

Construyendo partenariados público-civiles

Diversos gobiernos locales y regionales ya están dando apoyo en mayor o menor medida a estas cooperativas energéticas. El gobierno de la región de habla francesa de Bélgica presentó un conjunto de medidas políticas que permitían a los ayuntamientos de Valonia imponer un 24,99% de propiedad ciudadana y otro 24,99% de propiedad municipal como condición para poder dar licencia de construcción para nuevas turbinas eólicas. Estas medidas nunca fueron promulgadas por lo que no tienen fuerza legal, pero como fueron muy bien aceptadas, son socialmente realizables si un ayuntamiento lo exige y se mantiene firme en su petición.

También a nivel local vemos más y más municipios incluyendo entre sus prioridades proyectos de energía sostenible. La ciudad de Eeklo (este de Flandes) fue pionera al decidir incluir la participación ciudadana como uno de los criterios en las licitaciones de proyectos eólicos. Esto permitió a Ecopower construir su primer molino en el 2000, aunque carecía de experiencia en grandes proyectos.

Un modelo para conseguir apoyos

En Bélgica, la construcción de proyectos de energía eólica a menudo encuentra resistencias por parte de la población local. Una excepción notable es la isla de Eeklo, en colaboración con Ecopower. De forma conjunta, elaboraron un modelo para conseguir más apoyos basado en la co-propiedad, a través de la comunicación y la información. La ciudad de Eeklo considera el viento como un bien común y vigila para que haya un reparto equilibrado entre los beneficios y las cargas. Por eso plantea una participación de un 50% de la ciudadanía y el gobierno local y un beneficio de unos 10.000 euros anuales por turbina para la ciudad y para el medio ambiente. Ello permite una inyección de 65 millones de euros, sin contar con ayudas extras, a una de las regiones más vulnerables socio-económicamente hablando del este de Flandes y conseguir así una forma importante de activar la economía local.

En Eeklo, pronto habrá 22 aerogeneradores y un sistema de calor en red para 22.000 habitantes muchos de los cuales tienen participaciones en el mismo proyecto. Uno de ellos ha llegado a cortar un árbol de su patio para ver "su" turbina desde la ventana de la cocina (26).

En 2017, los pueblos de Kurne y Sint-Pieters-Wolluwe incluyeron el criterio de la participación ciudadana en los proyectos solares y Laarne aprobó una resolución para dar la bienvenida a proyectos energéticos con más de un 50% de participación ciudadana y de la administración. En el último trimestre de 2017, el pleno municipal de Leuven aprobó un memorándum exigiendo un mínimo del 50% de participación directa de la ciudadanía y del gobierno municipal. Propuestas similares sobre participación ciudadana en proyectos de energía renovables fueron aprobados posteriormente en otros municipios.

En Valonia, las municipalidades de Amel y Büllingen seleccionaron a dos cooperativas de energía (Courant d'Air y Ecopower) para instalar un parque eólico propiedad 100% de las dos ayuntamientos y de las dos cooperativas. Estas últimas facilitan hasta un 60% la participación de los municipios en la propiedad del parque (dependiendo de sus objetivos y situación financiera). La ciudadanía, por otra parte, podrá invertir hasta poseer un 40% del parque mediante Courant d'Air y Ecopower.



Otras municipalidades en Valonia, como Villers-le-Bouil, Modave y también Lierneux están poniendo las bases para establecer sistemas parecidos. El ayuntamiento de Villers-le Bouillet puso en marcha un partenariado público-privado para poner en marcha un proyecto en el campo de la energía eólica ciudadana. También desarrolló un programa de información y consulta con todos los implicados a través de artículos en la revista municipal, en la prensa, por correo, charlas de los diversos servicios municipales, reuniones del Consejo de la Tercera Edad y del Consejo ciudadano de planificación urbana y movilidad y organizando reuniones con la ciudadanía para animarla a participar económicamente en el proyecto.

En Modave, concretamente en el distrito Les Trinitaires, se han instalado cinco aerogeneradores. Cuatro son operados por Wind-4Wallonia (un partenariado de cinco empresas municipales de Valonia y Engie Electrabel) y el quinto es gestionado por la cooperativa Eole Modave, propiedad del ayuntamiento, la ciudadanía y empresarios locales.

Como se aprecia, todos son casos, en los que el gobierno local ha reforzado su relación con los colectivos ciudadanos mediante partenariados públicos. Por el momento, estos ejemplos son todavía muy escasos para que podamos hablar de un nicho maduro.

Los gobiernos locales podrían buscar de forma más activa nuevas oportunidades para promover proyectos energéticos en sus territorios. Ello podría incluir el estudio de instalar placas solares en los tejados de edificios públicos y aerogeneradores en terrenos municipales. Justamente éste es uno de los obstáculos más importantes para las cooperativas ya que los inversores privados han comprado la mayoría de las fincas donde se pueden instalar fácilmente, dejando así muy pocas posibilidades (la llamada inflación eólica).

Sobre esta cuestión los municipios pueden iniciar partenariados con propietarios de tierras o de edificios para instalar placas solares o turbinas eólicas. Entre otros, los socios potenciales podrían ser la Iglesia, empresas públicas y centros de atención social y de la tercera edad. Cuando un gobierno municipal haya identificado todos los posibles lugares, puede aplicar un criterio cualitativo claro en la licitación que promueva la participación ciudadana según la definición ICA. Además de este apoyo cualitativo, el ayuntamiento también puede participar en la cooperativa energética.

Colaboración y trabajo en red

En Gante, la cooperativa energética EnerGent ha estado trabajando en una gran y variada red desde su creación. Nació de un colectivo ciudadano del municipio con el apoyo de una red para la transición que comprende actores de diferentes sectores y organizaciones, que ayudaron a diseminar sus ideas y aumentaron notablemente el interés por sus proyectos. La red de transición se dotó de un consejo asesor variado y plural que ayuda a la cooperativa. EnerGent actualmente invierte en energía eólica, placas solares y sistemas de calor. También defiende que haya más placas y un sistema energético más eficiente en Gante; llevó a cabo un crowdfunding para desarrollar un proyecto de energía verde en los barrios y en la actualidad está estudiando las posibilidades de un proyecto de energía local compartida descentralizada.

Pero la cooperación entre las diferentes cooperativas de energías renovables también es crucial para dar a las cooperativas que empiezan una ayuda en la dirección correcta. De esta manera, puede nacer una gran red de cooperativas y pueden crear un nicho de proveedores con el potencial de desarrollar un sistema energético alternativo.

Conclusión

Desde hacía tiempo, Bélgica había adoptado una política energética altamente centralizada. La elección decidida pero no democrática por la energía nuclear y por la liberalización del mercado energético comportó que un número limitado de grandes corporaciones adquirieran posiciones de dominio del mercado. La ciudadanía se convirtió en víctima de una política de corto alcance, de decisiones centralizadas, de grandes fluctuaciones en los precios y de un sistema orientado a los beneficios empresariales. Como resultado de todo ello, hasta la crisis financiera de 2007, Bélgica estaba rezagada tanto en el campo de las políticas de energía sostenible como en la implantación de instalaciones de energía renovable. Entonces la ciudadanía empezó a crear sus propias cooperativas de energía y las autoridades locales poco a poco empezaron a apoyarlas. El movimiento está creciendo rápidamente y en la actualidad hay como mínimo 27 cooperativas. Su cuota de mercado es modesta, pero su impacto significativo. Siguiendo la teoría de la transición y la idea mencionada anteriormente de la “administración-socia”, es del todo crucial que los gobiernos locales y la ciudadanía se unan en una política energética conformada de arriba abajo en vez de impuesta desde arriba. Esto debe ser así no solo en Bélgica. El sol y el viento son de todo el mundo. Las cooperativas de energía pueden ayudar a la economía local, dar mayor autonomía a la ciudadanía y crear las bases para un sistema de energía sostenible como muestran los diferentes ejemplos expuestos.



NOTAS

- 1 Vrijheid & Zekerheid/Freedom & Security. Dirk Holemans. 2016
- 2 Vrijheid & Zekerheid/Freedom & Security. Dirk Holemans. 2016
- 3 The Energy Transition to Energy Democracy. Dirk Vansintjan. REScoop.eu
- 4 Vrijheid & Zekerheid/Freedom & Security. Dirk Holemans. 2016
- 5 https://www.rosalux.de/fileadmin/rls_uploads/pdfs/sonst_publicationen/Energy-democracy-in-Europe.pdf
- 6 The Energy Transition to Energy Democracy. Dirk Vansintjan for REScoop.eu
- 7 Vrijheid & Zekerheid/Freedom & Security. Dirk Holemans. 2016
- 8 Local energy ownership in Europe. An explanatory study of local public initiatives in France, Germany and the United Kingdom. Andreas Rüdinger for EnergyCities
- 9 http://europa.eu/rapid/press-release_IP-16-4009_en.htm
- 10 <https://www.rescoop.eu/blog/strong-support-for-citizens-energy-communities-in-europe-s-new-electricity>
- 11 Vid., por ejemplo, el informe holandés KVS Preadviezen 2018: Klimaatbeleid: kosten, kansen en keuzes.
- 12 <https://ec.europa.eu/clima/policies/strategies/2050#tab-00>
- 13 <https://ec.europa.eu/clima/policies/strategies/2050#tab-00>
- 14 http://europa.eu/rapid/press-release_IP-18-6543_en.htm
- 15 http://www.srfood.org/images/stories/pdf/officialreports/20110308_a-hrc-16-49_agroecology_en.pdf
Olivier De Schutter
- 16 <https://ec.europa.eu/energy/en/topics/nuclear-energy>
- 17 <http://www.hitachi.eu/en-gb/press/hitachi-announces-suspension-uk-nuclear-power-stations-construction-project-and-posting>
- 18 http://energywatchgroup.org/wp-content/uploads/2018/12/EWG-LUT_Full-Study_Energy-Transition-Europe.pdf
- 19 <https://www.rescoop.eu/blog/how-can-the-eu-support-energy-communities-and-citizens-to-participate-in-the>
- 20 In defence of degrowth. Giorgos Kallis. <https://degrowth.org/wp-content/uploads/2011/08/In-defence-of-degrowth.pdf>
- 21 The politics of sufficiency: a new approach to ecological production. Dirk Holemans and Maya Maes. Published in the Green European Journal, In the debate, 29/09/2015
- 22 <https://www.eoswetenschap.eu/technologie/kernenergie-belgie-een-opmerkelijke-geschiedenis>
- 23 Vrijheid & Zekerheid/Freedom & Security. Dirk Holemans. 2016
- 24 <https://oikos.be/component/k2/item/1161-wanneer-burgers-het-heft-in-handen-nemen-burgercollectieven-opgericht-in-2015-en-2016-van-naderbij-bekeken> – en holandés
- 25 <https://oikos.be/component/k2/item/1161-wanneer-burgers-het-heft-in-handen-nemen-burgercollectieven-opgericht-in-2015-en-2016-van-naderbij-bekeken> – en holandés
- 26 Cf. Terzake reportage del 12/12/2018 en VRT Television (<https://www.youtube.com/watch?v=4iSsk-bAyzpc> – en holandés)



Ponte en contacto :



GREEN EUROPEAN FOUNDATION

GREEN EUROPEAN FOUNDATION
3 Rue du Fossé – 1536 Luxemburgo
Oficina en Bruselas : Mundo Madou
Avenue des Arts 7/8
1210 Bruselas – Bélgica

t: +32 (0) 2 329 00 50
e: info@gef.eu
www.gef.eu

Conecta con nosotros:

Visita nuestra web para saber más sobre nosotros



gef.eu

Síguenos en las redes sociales para estar informados sobre nuestras actividades y actos en toda Europa



[GEF_Europe](#)



[GreenEuropeanFoundation](#)



[GEF_Europe](#)